gica expresion de la Escritura. ¿Buscaremos pues la verdad en la nada?

Kant, que fué el mas grande de los moralistas al propio tiempo que el primero de los lógicos, quiso acabar con esta ciencia incapaz v penetrante : cuanto mayor parece, mas arde el en deseos de abrazarla en total y de coger sus límites; su vista de águila se hunde en ella como en un abismo : tratase de examinar la inteligencia humana, de pedirle cuenta de todo lo que quiere y de todo lo que puede, de estudiarla à la vez en sus relaciones con Dios y con la naturaleza, con el tiempo y con la eternidad : de este exámen el mas concienzudo y mas profundo de cuantos han hecho los filósofos, resulta un hecho inmenso, y es que el instrumento del pensamiento, el órgano cognoscitivo no extiende su esfera mas allá de las percepciones sensibles, y es que la lógica no tiene poder alguno en las cuestiones que no son espacio ni tiempo. Y este resultado tan positivo no procede de un raciocinio, sino de un hecho. Kant coloca en dos líneas paralelas los argumentos metafísicos en pro y en contra de la existencia de Dios; luego los pesa en la misma balanza y demuestra su igualdad. Como los argumentos no deciden cosa alguna, aparece la duda, y queda la verdad desconocida. Tantas cuantas veces repite esta operacion, otras tantas encuentra la nada. La libertad del hombre, la eternidad del mundo, la inmortalidad del alma son otros tantos problemas que las percepciones de los sentidos no pueden resolver. Cuando el raciocinio se arrastra por el suelo, ¿cómo lo finito podria comprender lo infinito?

Así, la inteligencia mas despejada, empleando todas las fuerzas de la abstracción, ha sentado que la abstracción es impotente para la indagación de los principios, y en lugar de quejarnos de esta debilidad, es

necesario que demos de ello gracias á la naturaleza. En qué hubiera parado la verdad, la verdad que debe ser universal, si la naturaleza desapiadada hubiera puesto su demostracion en raciocinios ininteligibles para las siete octavas partes del linaje humano?

CAPÍTULO IV.

INDAGACION DE LA VERDAD EN LA AUTORIDAD DE LOS DOCTORES.

El mayor mal de la tierra es la ignorancia de la verdad.

(PLATON, Gorgias.)

Obra siempre de manera que el motivo de tu accion pueda servir de regla universal para la legislacion del linaje humano. (KANT.)

No hay errores que claramente demostrados no se desvanezcan.

(VAUVENARGUES.)

EL hombre ha abierto dos caminos que conducen à la verdad : el raciocinio y la fe. El raciocinio ha producido los sistemas filosóficos, la fe los sistemas religiosos; á los primeros, la autoridad del genio; á los segundos, la autoridad de las Escrituras; la una forma los filósofos y la otra las naciones.

La autoridad del genio no es mas que la expresion de los progresos de un siglo vulgarizados por el pensamiento de un grande hombre. Es el movimiento dado à la inteligencia de los pueblos, un poco mas hacia la verdad, pero no siempre la verdad misma. La autoridad de las Escrituras es la voz de lo pasado que habla à las naciones inmóbiles, un pensamiento enemigo de todos los progresos del pensamiento; el límite eterno que han impuesto à la sabiduría humana la supersticion y la ambicion. Este poder terrible ha aniquilado todos los pueblos del Oriente, cuya mitad del globo es como una rama muerta del árbol inmenso del linaje humano.— Cualquiera escritura, aun cuando fuese divina, ha pasado por la mano de los hombres. — Estos han copiado, falsificado, interpretado, dejando en todas partes la estampa de sus pasiones y de sus miserias, sustituyendo el error à la verdad, la teología à la religion, y el hombre à Dios.

Poned el Evangelio, libro de caridad y de amor, en las manos de ciertos doctores, y no tardarán en hallar en él una razon, á su parecer, para convertirse en verdugos. Estos doctores unen esta vida á la otra por medio de suplicios, y las hogueras de la inquisicion responden á las llamas del infierno. Hay en la Biblia une línea cuya autoridad ha resonado de siglo en siglo hasta nosotros, para justificar el mayor de los crímenes: la esclavitud (1). Ciertamente, ó hemos de renunciar á la indagacion de la verdad por medio de las autoridades teológicas, o consentir en hallarla en todos los crímenes que han horrorizado el mundo.

La historia de la interpretacion de los libros santos seria la historia de la demencia humana. Ese vasto cuadro trazado por una mano hábil nos haria ver con disgusto las glosas ó comentarios que se hicieron sobre ellos. Pero ¿ qué ojos mortales pudieran descifrar sus sangrientas páginas?

Un solo ejemplo. Volved al tiempo de la liga; la guerra queda concluida; una abjuración solemne

vuelve à Enrique IV à la Francia. Ya el orden se va restableciendo, va va renaciendo la prosperidad. ¿ Pero si el rey no estuviese bien convertido, pero si los hugonotes no fuesen bastante perseguidos? el rev será depuesto, y aniquilados los hugonotes. Estos pensamientos funestos agitan todavía algunas conciencias. Un predicador se encarga de manifestar estas ideas. No es un hombre sanguinario, y sin embargo pide sangre; no es un enemigo de la patria, y sin embargo trabaja en trastornarla. Es un hombre de fe, un hombre de conviccion, un hombre alucinado sin duda, pero consecuente en sus doctrinas que son lógicas y canónicas. Dejadle hacer, no dirá una palabra que no esté apoyada en el texto de la ley; será positivo, irrecusable; si adoptais sus autoridades, habreis de adoptar sus opiniones; echaréis al rey, quemaréis à los herejes, santificaréis el crimen de Jaime Clemente.

Pide su parte en las riquezas de los hugonotes, y sin embargo no creais que quiera ejercer una expoliacion escandalosa; no : reclama un derecho, teniendo en su favor la autoridad de Moises (1), la autoridad de Josué (2), y la autoridad del libro de la sabiduría (3), donde se dice : « Por esto los justos llevarán los despojos de los inicuos. » Reprobar à la Iglesia el despojo de los hugonotes, equivale à desconocer la autoridad de los libros santos : todavía mas, es reprobar à Dios el despojo de Saul, de Roboan, Achab, Osías, Athalia, Sedecias, por manos de los sacerdotes, en castigo de los pecados notorios de esos príncipes (4). Esto no es apropiarse los bienes de otro, es despojar con justicia à posesores injustos de unos

⁽⁴⁾ Maledictus Canaan, servus servorum erit fratribus suis. ($Genes.\ IX,\ 25.$)

⁽⁴⁾ Exodo XVIII, 19.

⁽²⁾ Josué XIII, 15, 24.

⁽⁵⁾ Sap. X, 20.

⁽⁴⁾ Porthaise, sermon cuarto, p. 74.

bienes de que se han hecho indignos (1). Y esta era la verdad y la justicia, porque en la congregacion de los prelados en el concilio de Letran, estando presentes todos los reyes y emperadores del orbe cristiano, se determinó que dichos soberanos en el término de un año expulsaran de su reino á los herejes, y que en caso de inobediencia serian excomulgados, y sus riquezas distribuidas entre los católicos (2).

En estos términos habla el padre Porthaise. Para decidir de los intereses del globo le basta una linea de la Escritura; línea que pronuncia con un tono inflexible, sin temor ni remordimiento, por mas que tal vez el sentido que encierra sea del todo diferente.

Al que cree cumplir las palabras de Dios, poco le importan los males de los hombres.

Si quiere dar al sacerdocio el derecho de revolucionar las naciones, si quiere dar à las naciones el derecho de derribar los tronos, abre à S. Bernardo y S. Agustin (3), los cuales, segun un pasaje de la Escritura, establecen que la Iglesia tiene dos espadas, la espiritual y la material; que emplea la primera, excomulgando à los príncipes herejes, y que puede canónicamente dar à los pueblos el derecho de hacer uso de la segunda contra el principe rebelde à la Iglesia sobre sus bienes, sus tierras y su vida (4).

Si quiere probar que el soberano pontífice tiene poder para derribar los tronos, no se entretiene en examinar los principios del derecho político, va directamente al caso, y dice: « El papa puede deponer reyes, pues que Samuel depuso à Saul, Joad à Athalia, Azarias al rey Osias (1); » y corrobora estas autoridades con la autoridad del concilio de Letran, cap. 3°., que reconoció el derecho.

Cuando la autoridad no es bastante clara, la comenta y la interpreta. Así es que halla las hogueras en el Evangelio. Dios dice (Matth. III, 10): « Todo árbol que no da fruto será cortado y quemado. » Y por esto, añade Porthaise, los herejes son condenados á las llamas (2).

En fin establece en principio, que no puede condenarse la accion de Jaime Clemente, porque esto fuera condenar las acciones de Ehud, de Sanson, de Judith, de Jehu, santificadas en la Biblia, y los hechos, consejos y mandatos de Samuel, Elías y Eliseo que fueron inspirados de Dios (3).

Estas doctrinas son infames, y es menester apresurarse à decirlo, doctrinas que la verdadera religion reprueba. Ellas estan indudablemente en oposicion con el espiritu del Evangelio, pero estan en armonia con la letra teológica. El padre Porthaise raciocina bien en el principio de autoridad, ó por mejor decir, este principio le dispensa de todo raciocinio. Cuando quiere juzgar una accion, no examina si es buena, sino si la Escritura la considera tal. La prueba de su bondad no está en la razon del hombre, sino en la autoridad del libro. No nos precipitemos en condenar; aquí no hay malo sino el principio. Ese hombre que nos horroriza, que quema los herejes, que tiene à sus pies la cabeza de los reyes, ese hombre que justifica un crimen con otro crimen, en el fondo de su conciencia cree santificar la virtud con la virtud.

Y sin embargo estas palabras pronunciadas en el

⁽¹⁾ San Agustin, lib. II, contra Policiano, cap. 45 y 59 citado por Porthaise, sermon cuarto, p. 75.

⁽²⁾ Concilio de Letran, citado por Porthaise, sermon cuarto, p. 76.
(5) San Bernardo al papa Eugenio III, lib. IV, cap. III. — San Agustin, contra Fausto Maniqueo, lib. XXII.

⁽⁴⁾ Porthaise, sermon segundo, p. 72 y 75.

⁽¹⁾ Porthaise, sermon tercero, p. 74.

⁽²⁾ Id. p. 49.

⁽⁵⁾ Id. p. 45.

249

templo en presencia de un pueblo armado todavía en defensa de la fe, estas palabras habian precisamente de tener su resultado. Al oirlas, sale de en medio de la multitud un hombre de frente erguida, pero pálida. Su cabeza hierve, su alma se exalta, se le dice que à la religion le falta un salvador, un vengador à Dios. En un total desvario corre de convento en convento, de soledad en soledad, llevando consigo el veneno que le roe, hasta la hora siniestra en que la Europa enlutada ove por primera vez el nombre de Bayaillac.

Y no se diga que damos á las obras del padre Porthaise el poder de una autoridad. La autoridad no está en él, está en la Escritura que cita, en los concilios en que se apova. En cuanto á la doctrina, es una fatalidad sin duda; pero pertenece esencialmente à su época. El doctor Boucher (1) predicaba en Paris, y casi en los mismos términos, lo que aquel predicaba en Poitiers, y los restos de la liga lo enseñaban en todo Francia.

Pero se nos dirá que citamos á unos hombres. cuyas obras no han dejado recuerdo alguno; hombres sin gloria, y que se han perdido en las tinieblas de la ignorancia y del fanatismo. Para probar las aberraciones del principio de la autoridad, debiera elegirse un siglo de luces, y en este siglo, una de aquellas almas trascendentales, cuyas convicciones forman á su vez autoridad para el linaje humano.

Pues bien! citemos á Bossuet; ¿á quién pudiéramos citar mejor? Brillante genio, inteligencia dominante en el siglo de Luis XIV, su nombre recuerda todos los prodigios de la elocuencia v todo el poder de la fe.

Miradle hojeando en la soledad las obras teológicas de uno de los mas ilustres principes de la Iglesia. Enciéndense repentinamente sus ojos, sus labios tiemblan, erizasele el pelo, se apodera de él el horror; ¿qué sucede en el orbe cristiano? ¿qué sacrilegio, qué impiedad despiertan los rayos de su alma? Un prelado venerable, el cardenal Sefrondate, compadecido de los niños que mueren sin bautismo, se atreve à sostener que no son condenados al fuego del infierno. « Sentimiento bajo v mezquino, exclama Bossuet, que destruye la fuerza de la piedad (1), novedad extraña, lenguaje inaudito que nos ha llenado de espanto (2), » Cediendo á la santa cólera que le arrebata, se dirige al papa, pidiéndole que castigue al delicuente; le dice que el castigo sea duro, porque conviene castigar con tanta mayor dureza cuanto mas elevado es el lugar de que procede el error (3). «La condenacion de los niños que mueren sin ser bautizados, dice, es de fe constante en la Iglesia (4). Son culpables, puesto que han nacido bajo la cólera de Dios y el poder de las tinieblas (5). Hijos de la cólera por su naturaleza, objetos de odio y de aversion, precipitados en el infierno con los demas condenados (6), quedan en él eternamente bajo la horrible venganza del demonio (7). Así lo decidió el

⁽¹⁾ Véanse los cinco sermones del P. Porthaise, teólogo de la iglesia de Poitiers, pronunciados por él en aquella. Paris, 1594. - Y los sermones de la simulada conversion y de la supuesta absolucion de Enrique de Borbon, principe de Bearn; por Juan Boucher, doctor en teologia. Paris, 1594.

⁽¹⁾ Obras de Bossuet, t. X. Carta á S. S. Inocencio XII, p. 175.

⁽²⁾ Id. p. 167.

⁽³⁾ Id., id.

⁽⁴⁾ Id. p. 177 y 85.

⁽⁵⁾ Id. p. 175.

⁽⁶⁾ Id. p. 175.

⁽⁷⁾ Id. t. X, p. 177. ¿Cómo poner de acuerdo estas palabras abominables con la tierna accion de Jesucristo? Bossuet condena à todos los niños á las penas del infierno, y Jesucristo se disgusta con los apóstoles porque los repelian con palabras sobrado duras. Bossnet

docto Denis Peteau, el eminentisimo cardenal Enrique Noris, el eminentisimo Bellarmin, el concilio de Lion, el concilio de Florencia, y el concilio de Trento (1); porque estas cosas, añade friamente el nuevo padre de la Iglesia, no se deciden por simples raciocinios, ni por afecciones del todo humanas, sino por la autoridad de la Escritura y de la tradicion (2). »

Espantosa doctrina que pone en lugar de la autoridad de la naturaleza, la autoridad de Peteau y de Noris. El prelado cree someter su razon, cediendo á la necesidad de quemar y de condenar, pasion del siglo doce, cuyos tristes restos nos estan asolando todavía; y revistiendo este pensamiento con la energia de su fantasia y con la inspiracion de su genio incurre en impiedad, bajo el pretexto de reconducirnos à la fe.

Hay una fatalidad unida à cierto dogma que precipita hasta el genio.

¿Y cual es el dogma idólatra que tiende á regular las creencias de todos por la autoridad de algunos? ¿Porqué ha venido Dios al mundo si los hombres han de hablarnos todavia? La autoridad de un libro ó de un concilio ¿es por ventura otra cosa que la expresión de las ideas dominantes de un siglo?

El tiempo pasa, y una autoridad de esta clase solo puede expresar un error.

Buscar la verdad en las decisiones de los doctores, es efectivamente referirnos à las opiniones y à las pasiones de los siglos pasados, es hacernos volver

dice que son objeto de odio y de aversion de Dios, y Jesucristo dice positivamente que el reino de Dios es de aquellos que se les parecen. Advertid que Jesucristo habla de los niños de los judíos y de los paganos, y no de los niños bautizados. Véase el Ecangelio de S. Márcos, X, 45, 44.

hácia lo que ha dejado de existir, es negar la existencia del cristianismo de acuerdo con la perfectibilidad humana.

Para llegar à semejantes resultados no solo hemos de renunciar à la razon, sino tambien repeler el sentimiento de lo justo y de lo injusto, que está en nosotros. Es necesario decir, como decia Pascal: creo porque es absurdo; y ademas creo porque es injusto.

Ciertamente nadie respeta mas que nosotros la santidad de la Escritura, pero tampoco nadie teme mas que nosotros las interpretaciones delos hombres. Despues del ejemplo de Bossuet, ¿quién se atreverá á buscar en ella la verdad, aun cuando la verdad esté en ella misma? De este ejemplo es necesario concluir: primero, que la autoridad es un malísimo medio de conocer la verdad, porque puede conducir al error; segundo, que la autoridad mas sagrada necesita una regla que la justifique, y que esta regla ni está en la fe ciega, ni en los raciocinios humanos.

CAPÍTULO V.

INDAGACION DE LA VERDAD EN LA AUTORIDAD DEL LINAJE HUMANO.

-

Ni un solo paso se hubiera dado hacia la verdad, si las autoridades hubiesen prevalecido sobre la razon. (DUCLOS.)

Un hombre de una elocuencia poderosa puso al lado de la autoridad de las Escrituras la autoridad del linaje humano. No trataremos de examinar si estas autoridades pueden caminar juntas; este punto de

⁽¹⁾ Obras de Bossuet, p. 475 y 477. Allí se hallará la indicación de las autoridades.

⁽²⁾ Id. p. 475, 179.

doctrina no es de nuestro objeto: pues nosotros tratamos de buscar los fundamentos de la certeza, la regla infalible de lo verdadero. ¿Existe esta regla en el testimonio universal? en otros términos, el consentimiento de todos los hombres ¿es suficiente para establecer la verdad? Esta es la cuestion. Y esta cuestion envuelve ofras, cuya solucion seria decisiva: à saber, si la voz del género humano ha proclamado siempre la verdad.

Porque si sucediese que esta voz hubiese proclamado el error, no podria servir de testimonio. ¿Cómo de una opinion transitoria hariamos salir una verdad eterna? La autoridad no es infalible, sino en tanto que es inmutable. Con el objeto de establecer el principio de la autoridad del género humano, se han hecho mil esfuerzos para demostrar, de una parte la debilidad de la razon individual, de otra, la grandeza de la razon general. Mr. de La Mennais quiere que la una sea despreciable, y la otra infalible; como Pascal, humilla la razon humana, y como Vico, diviniza la razon del linaje humano.

Pero si cada razon individual produce siempre el

error, ¿cómo el total de estas razones producira la verdad? ¿Fuera tal vez uno de los privilegios de la mentira el ir desapareciendo à proporcion que va engrosando? Decís que la opinion de cada uno de los hombres no es mas que tinieblas, y añadis: de la reunion de todas estas tinieblas saldrá la luz. Así mi lógica desechará la razon de cada uno, como una cosa insensata, y adoptará la razon de todos, como una autoridad respetable; me acercaré à esa cloaca impura, donde cada razon individual lleva su locura y sus crimenes, donde la una crea las doctrinas de la nada, y la otra las costumbres del siglo de Tiberio: porque la razon, decis, es la que produjo todas esas monstruosidades, ella fué la que formó à Petronio y a Neron (1). Oiré la India y la China, el Oriente y el Occidente, y en medio de los espantosos clamores de todas las razones humanas, la voz que dominará en el abismo, será la voz de la verdad.

Para destruir semejantes sofismas, basta presentarlos con claridad; pues llevan consigo su refutacion. Si Mr. de La Mennais pintó la razon bajo el semblante del crimen y de la demencia, la razon no le responde; se manifiesta, y cualquiera, con solo entreverla, la declara desconocida y calumniada.

Y en cuanto á la autoridad del linaje humano, á esa razon universal que debe servir de regla y de principio, ¿en qué época proclamaba la verdad? ¿Elegiremos los primeros tiempos de la historia? Entónces la barbarie y la idolatría se repartian el globo; todas las naciones tenian esclavos, y todas las religiones sacrificios humanos. Consultad los mas antiguos testimonios de la razon, llamada universal; mas tarde, la santidad del celibato, la divinidad de las virgenes, el poder del demonio, los encantadores, las almas en pena, la brujería, la magia y los oráculos llenan el orbe entero y le cubren de cadenas, que no se han quebrado todavía. De esta manera se presenta la doctrina; ó hemos de creer en la verdad de todas estas cosas, ó desechar la autoridad del linaje humano.

Consideremos lo que hubiera sido del mundo, si las raras inteligencias que han dilatado el pensamiento humano, si Sócrates, Aristóteles, Galileo, Descartes, se hubiesen detenido ante las creencias generales de su siglo; sumergido en las tinieblas de la idolatría y de la esclavitud, todavía hoy el mundo se creeria civilizado, vendiendo pueblos enteros á pública subasta como César, ó postrándose á los pies de un toro como Sesóstris. La autoridad universal es la in-

⁽¹⁾ Ensayos sobre la indiferencia, etc., tom. II, p. 256.

mobilidad del universo, y la inmobilidad está en la locura y en el crimen.

En vano la razon individual protesta contra las aberraciones de lo que se atreve à llamar la razon general; el gran número la sofoca. La autoridad no juzga, relata: es necesario creer lo que atestigua por medio de la generalidad de los hombres, no porque nos invite à ello la sabiduría, sino porque la generalidad de los hombres lo atestigua. Este es el principio, y no lo hay mas fatal para la humanidad, ni para la verdad. Si el género humano lo sabe todo, no puede haber progreso, no puede haber desarrollo; su testimonio es una especie de derecho dívino, ante el cual el genio y la razon deben guardar silencio.

Ya sé que Mr. de La Mennais cree haber respondido con anticipacion á estas objeciones, sentando dos principios; el órden de fe, es decir, la autoridad del linaje humano; y el órden de concepcion, es decir, el trabajo de la inteligencia, que no forma autoridad sino por el sufragio universal. Pero de dos cosas una : ó los descubrimientos del órden de concepcion no pueden en manera alguna mudar las creencias del género humano, ó estas creencias pueden ser modificadas por la doble accion del genio y del tiempo: en el primer caso el linaje humano es inmoble, no puede perfeccionarse, queda con sus falsos dioses y sus esclavos; en el segundo, el monumento elevado con tanto cuidado, carece de base, y se viene abajo. ¿Qué es un testimonio que un solo hombre puede destruir? Donde hay incertidumbre no puede haber autoridad.

Estos dos órdenes son pues incompatibles; la actividad del uno tiende sin cesar á derribar el poder del otro. Copérnico parando el sol, Jesucristo derribando los ídolos y destruyendo la esclavitud, han probado que había errrores universales; y desde en-

tonces ninguna opinion universal ha podido ser el criterium de la verdad.

El sistema de la autoridad no es mas que un resto de la escuela antigua, una de las ruinas hechas por Descártes; con sola la diferencia de que se procura sustituir el testimonio del género humano al testimonio del maestro: siempre el ipse dixit.

Y no obstante hay un hecho inmenso que zapa este sistema por su base: es que las verdades sublimes esparcidas hoy en el mundo, no han llegado á la razon general por mediacion de las razones individuales, las masas no saben sino lo que aquellas creen, y lo que creen, lo defienden con todo el ardor de la ignorancia y de la fe. Así Moises es solo contra su pueblo, Sócrates es solo contra la Grecia, Jesucristo es solo contra el mundo; de una parte el linaje humano; de la otra un sabio, un hombre, un Dios.; Oh miseria de la humanidad! veo elevarse una cruz, veo unos verdugos aprestarse: el testimonio universal fué convencido de error, y se vengó por medio de suplicios!

CAPÍTULO VI.

DE LA RAZON DIVINA.

Fuera de Dios todo es contingente; fuera de él nada existe sino por su voluntad; solo él necesariamente existe, solo él posec en sí mismo la certeza.

(DE LA MENNAIS, Ensayo sobre la indiferencia, tom. 11, p. 518.)

Buscar el principio de la verdad, es buscar una razon infalible; cesemos pues de interrogar la razon humana: la infalibilidad no es de nuestra naturaleza;

CAPÍTULO VII.

UNIDAD DE DIOS.

Lo primero que es necesario saber, es que hay un Dios, y que lo gobierna todo por su providencia; en seguida es preciso examinar cual es su naturaleza: conocida esta perfectamente, es indispensable que los que quieran serle gratos y obedecerle, se esfuercen en parecérsele; que sean libres, fieles, benéficos, misericordiosos, magnánimos.

(Manual de Epicteto , lib. II.)

Hemos formado à los dioses à imágen de la naturaleza; terribles ó benéficos, segun los espectáculos que han llamado mas nuestra atencion. A los prados risueños, à las doradas mieses, à la abundancia de los frutos, à la gracia y à los perfumes de las flores, altares de gratitud; à los matorrales áridos, à las selvas sombrías, à los desórdenes de las tempestades, à los fuegos de los volcanes, los altares y sacrificios del miedo. Tal es el orígen de las dos potencias que se reparten el mundo: los buenos y los malignos espíritus, el genio del mal y el genio del bien, los dioses y los demonios.

Así en los tiempos de barbarie, el aislamiento de los pueblos, la ignorancia de las armonias del universo, la admiracion de sus fenómenos multiplicaban los dioses; en cada templo una divinidad, y en cada divinidad la apoteósis de un poder de la naturaleza,

pero si lo es de indagar la verdad, y aqui es donde nuestra debilidad se convierte en el origen de nuestra grandeza. Despues de haber agotado todos los recursos de su inteligencia, el hombre sale de su nada por el solo pensamiento de una razon indefectible; su potencia no consiste en comprenderla, sino en verla. Cuando Dios nos infundió la pasion de la verdad, nos trazó un camino luminoso hasta él.

Y la obra se ha presentado al obrero para reconocerla.

¡Oh! qué luminoso es el destino del hombre! Me hablais de su miseria; yo os hablaré de su gloria. ¡Cuan elevada es la criatura, à quien es dado discurrir ocupandose en cuestiones cuya solucion està reservada à Dios!

Este es el lazo invisible que une la tierra al cielo. De una parte la necesidad innata de la verdad; de otra la impotencia completa de satisfacerla, sin remontarse hasta Dios.

La razon divina decidirá lo que tan inutilmente pedimos à la humana.

Pero ¿cómo conoceremos la razon divina? ¿qué es lo que en el mundo la representa? ¿en dónde ha impreso sus huellas? ¿No hay mas que una razon divina? ¿Cuál es el verdadero Dios? ¿es un Dios vengador, un Dios celoso, ó un Dios de amor y de misericordia? Dios ¿es bueno ó malo? Cuestiones impías, y que no obstante es necesario resolver, pues que nuestras supersticiones nos lo han hecho desconocer todo, porque el hombre ha desconocido hasta los atributos de la Divinidad.

